

Los héroes y las tumbas

Pedro Guillermo Yagüe¹

El problema

I

El pensamiento como acción voluntaria del sujeto no es otra cosa, sostiene Nietzsche, que una superstición de los lógicos. A partir de la formulación de este problema, el autor afirma que el pensamiento debe ser concebido como algo que sucede en el yo independientemente de su voluntad.² Esta desconexión entre el yo y el ello pensante da lugar a una concepción de la subjetividad como producto de una pluralidad de fuerzas tensionadas por una dinámica interna de acción y reacción. El cuerpo es, en este sentido, el campo de batalla donde se producen estos encuentros. "Algo vivo..." afirma Nietzsche "...quiere, antes que nada, dar libre curso a su fuerza."³

En referencia al pensamiento nietzscheano, Gilles Deleuze⁴ señala la existencia de una distinción cualitativa entre dos tipos de fuerzas: las activas, aquellas intensidades vitales, inconscientes, que motorizan la acción de los cuerpos; y las reactivas, es decir, las fuerzas que se limitan a reaccionar frente a la magnitud de las activas, intentando preservar al cuerpo de todo cambio. Nietzsche distingue, en este sentido, dos formas de aparición de las fuerzas reactivas: por un lado, las que surgen naturalmente como reacción de las activas y, por el otro, aquellas intensidades vitales que han sido neutralizadas; es decir, fuerzas activas que devinieron reactivas. Esta segunda concepción habilita la posibilidad de pensar la manera en la cual lo normativo interfiere en el juego de fuerzas que se produce en el cuerpo. La obediencia a un sistema de normas riguroso podría presentarse como la separación de una fuerza activa de lo que ésta puede. Este análisis pone de manifiesto la existencia de una multiplicidad de elementos que se esconde detrás de cada enunciado; detrás de cada discurso

¹ Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, yague.pe@gmail.com

² "...un pensamiento viene cuando "él" quiere, y no cuando "yo" quiero; de modo que es un *falseamiento* de la realidad efectiva decir: el sujeto "yo" es la condición del predicado "pienso". Nietzsche, Friedrich: *Más allá del bien y del mal*, trad. A. Sánchez Pascual, Navarra, Folio, 1999, p. 22.

³ Nietzsche, Friedrich: cit, p. 34.

⁴ Deleuze, Gilles: *Nietzsche y la filosofía*, trad. C. Artal, Madrid, Editorial nacional Madrid, 2002.

e ideología. No se puede analizar lo dicho sin, por lo menos, advertir la existencia de un complejo entramado de intensidades implícitas en cada afirmación.

Alain Badiou denomina subjetivación política al proceso por el cual se produce la entrada de los individuos en un determinado esquema político. Estos esquemas tienen por base una particular acción y visión colectiva sobre la sociedad. A partir de la conexión entre una idea política y una situación concreta se establece, según este autor, un tipo de relación con/frente al Estado. En cada subjetividad política se puede encontrar un conjunto de normas y valores constituidos por la ideología y el tipo de organización que la actividad política asuma. Sostenemos, en este sentido, que la subjetivación política no puede ser entendida sin tener en cuenta el modo en que los discursos normativos operan en los cuerpos produciendo un conjunto de intensidades y afectos.

Los distintos esquemas políticos se diferencian, entre otras cosas, por su relación con el cambio y la creación de verdad. Hablamos de “verdad” en el sentido que le da Badiou a este término, es decir, como aquello que abre una nueva posibilidad del devenir real de la idea. La verdad, en este sentido, permite pensar como posible aquello que antes no lo era. Es decir, hace entrar en lo real una nueva posibilidad política. Identificamos así a la producción de verdad con aquello que anteriormente denominamos fuerzas activas.

Ahora bien, no todos los esquemas políticos dan lugar a esta liberación de fuerzas y actualización de potencias. Deleuze denomina voluntad de poder afirmativa a aquella en la cual las fuerzas activas prevalecen, y negativa –nihilismo- a aquella donde las que lo hacen son las reactivas. Podríamos caracterizar a partir del predominio de las segundas a aquellos esquemas políticos en los que la normatividad ocupa un lugar rígido y estático, sin dejar que se produzca una relación fluida entre el movimiento político y la producción de verdad. El devenir reactivo de las fuerzas⁵ nombra, en este sentido, la neutralización de una fuerza activa a partir de la negación del cuerpo. Esto tiene por base la *voluntad de la nada*. Es decir que al separar a las fuerzas activas de lo que éstas pueden sólo queda el deseo de la nada.

El cuerpo afecta y es afectado, produce y es producido; y esto es una dimensión esencial de la acción colectiva. Lo normativo se tensiona con las fuerzas al mismo tiempo que las administra. En este sentido, consideramos de vital importancia el análisis de la normatividad ideológica, organizativa y afectiva que se pone en juego durante el proceso de subjetivación política.

⁵ Deleuze, Gilles: *Nietzsche y la filosofía*, trad. C. Artal, Madrid, Editorial nacional Madrid, 2002, p. 85.

II

Los corazones, como sostuvo Pascal, no son matemáticos y, por lo tanto, no pueden explicarse según los principios de la geometría. Diremos también que la subjetividad tampoco es matemática, pues no se explica a través de principios lógicos. Hablaremos entonces de configuraciones, es decir, de un singular conjunto de elementos heterogéneos que, en su reunión, se dispone a funcionar.

Los corazones no laten con lógica; o al menos no con una lógica a priori. Pensar, decir y sentir están mezclados al punto de no poder diferenciarse. El análisis de los procesos de configuración de las subjetividades no puede ignorar este entramado afectivo que existe detrás de lo dicho, de lo visible. En este sentido, las reivindicaciones ideológicas no pueden tampoco ser entendidas sin tener en cuenta las contagiosas cargas afectivas que se extienden a partir de cada situación, a partir de cada grito y bandera.⁶

Por lo tanto, el estudio de la subjetivación política que realizaremos en este trabajo no intentará comprender los motivos de la acción. No nos interesan los motivos. En realidad, no creemos en ellos. Preferimos hablar de configuraciones, donde lo discursivo y lo afectivo no se diferencian más que analíticamente; forman parte de un mismo ensamblaje, de una misma máquina. Pensamiento, sentimiento y acción pertenecen, en el marco de una -a veces flexible- normatividad, a un constante movimiento de elementos. No hay razones, actores ni motivos, sino funcionamientos maquínicos que en su propio desenvolvimiento se transforman.

III

Montoneros fue una máquina arrasadora. Los múltiples elementos de su configuración se dispusieron a funcionar con una intensidad penetrante. Nutrido del recuerdo de un peronismo oprimido, de la imagen de un cristianismo de los pobres y del ideal futuro que la revolución cubana había expandido por el continente, el proceso de subjetivación política de

⁶ Félix Guattari señala, en relación al movimiento de estudiantes chinos de la plaza Tiananmen, que "... parece incuestionable que las contagiosas cargas afectivas de que era portador iban más allá de las simples reivindicaciones ideológicas. Este movimiento puso en juego todo un estilo de vida, una concepción de las relaciones sociales (basada en las imágenes transmitidas por el Oeste), una ética colectiva.", Guattari, Félix: *Caosmosis*, Buenos Aires, Manantial, 1996, p.12.

Montoneros se produjo a partir de un complejo entramado de elementos, donde valores como el coraje, la voluntad de sacrificio y la obediencia lograron articularse en una particular visión de la política y la sociedad. Un componente no menor dentro de esta singular configuración subjetiva fue la muerte.

Sostenemos que una visión de la muerte implica necesariamente una concepción de la vida. Consideramos, en este sentido, que el par conceptual *vida-muerte* es una herramienta fundamental para pensar las implicancias de la muerte en el proceso de subjetivación militante. En las publicaciones de Montoneros figura, a veces implícita y a veces explícitamente, la forma en la que se debe vivir y morir. La presente investigación se propone dar cuenta del modo en el que diversos discursos fueron articulados de acuerdo a una concepción de la *vida-muerte* en las publicaciones de Montoneros, estableciendo, de esta manera, los márgenes de su particular proceso de subjetivación militante.

La intensidad con la que esta organización se introdujo en la vida de sus miembros no puede comprenderse sin tener en cuenta la importante presencia que la figura de la muerte tuvo en sus discursos y publicaciones.⁷ Según nuestra visión, la constante exigencia de integridad en el proceder y el pensar no pudo corresponderse con la complejidad y el movimiento propio de la vida política. Montoneros fue “una voluntad de ponerlo todo en juego constantemente, de apostar la muerte de los demás contra la suya”.⁸

Guattari sostiene que “las máquinas tecnológicas de información y comunicación operan en el corazón de la subjetividad humana, no únicamente en el seno de sus memorias, de su inteligencia, sino también de su sensibilidad, de sus afectos y de sus fantasmas inconcientes.”⁹ Entendiendo a las publicaciones de la prensa de Montoneros como máquinas de información y comunicación, pretendemos, a partir del análisis de las mismas, realizar un acercamiento al lugar ocupado por la noción de muerte (en tanto discurso normativo) en el proceso de subjetivación política de esta organización.

⁷ “Ustedes (los trabajadores) pueden hablar de frente (...) a la Patria y a Perón, porque ustedes vieron en Perón la última esperanza de la Patria y lo siguieron, como se sigue solamente a una bandera: dispuestos a morir por ella o a triunfar con su victoria. Ustedes tienen derecho a hablar de frente con la Patria y con Perón, porque ustedes, igual que yo, lo siguieron apretando los dientes de rabia y de coraje cuando la oligarquía sin patria y sin bandera quiso dejarnos a nosotros también sin patria y sin bandera, robándonos el derecho de seguirlo a Perón hasta la muerte.” Discurso de Eva Duarte, 1º de Mayo de 1951, citado en “Hablar. Cuestionar. Recuperar. Defender.”, *El Peronista*, N° 2 (26 de abril de 1974), pág. 5.

⁸ Deleuze, Gilles y Guattari, Félix: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 2006, p. 234.

⁹ Guattari, Félix: cit., p. 14.

Los héroes

I

Consideramos necesaria la exploración del *ethos militante* existente en Montoneros a la hora de analizar el proceso de subjetivación de dicha organización. Definiremos *ethos militante* como el conjunto de ideas, herencias y lógicas, a partir de las cuales se configura el discurso y la ideología de un grupo político determinado. En este sentido, y como señala Lanusse,¹⁰ la conformación de Montoneros, dada la complejidad de su origen, es más difusa y heterogénea de lo que comúnmente se cree. Podemos reconocer, de todos modos, algunos valores y prácticas de este particular *ethos militante* en las organizaciones y movimientos que originalmente tuvieron una importante influencia sobre los fundadores de dicha organización.

La literatura sobre Montoneros suele señalar múltiples orígenes a partir de los cuales se constituyó la particular conformación ideológica de dicha organización. La resistencia peronista, el surgimiento del peronismo de izquierda, los sucesos de la revolución cubana, y la aparición del catolicismo renovador fueron, según los trabajos tradicionales¹¹, las principales influencias recibidas por este grupo político. A su vez, estas distintas corrientes confluyeron en un singular análisis de la sociedad argentina que retomaba un cuadro de amigos/enemigos heredado de la lectura de la historia realizada por el revisionismo histórico.¹² De esta manera, dicha organización retomó un esquema de relaciones, de odios e identificaciones, a partir de una serie de acontecimientos históricos de los cuales la mayoría de sus integrantes no había participado. Montoneros organizó su presente a partir de la construcción de un relato complejo en el cual confluyeron las distintas tradiciones anteriormente mencionadas.

II

¹⁰ Lanusse, Lucas: *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores.*, Buenos Aires, Vergara, 2005.

¹¹ Nos referimos concretamente a “Lanusse, Lucas: *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*” y a “Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*”

¹² “El revisionismo coloca al Pueblo como protagonista de su Historia. El pueblo en lucha contra el colonialismo y sus agentes locales. Las guerras civiles de nuestra historia aparecen de ese modo como verdaderas guerras de liberación contra la oligarquía y las potencias europeas.”, en “Revisionismo histórico y liberación”, *Militancia Peronista*, N° 3, 1973, p. 22.

La lucha armada expandida a lo largo de América Latina a partir de la Revolución Cubana exportó valores y metodologías por todo el continente. En el caso del peronismo, se suele adjudicar a John William Cooke la introducción de dichas ideas en el movimiento. A partir de sus críticas a la concepción nacionalista burguesa del peronismo en pos de un peronismo como camino al socialismo, las ideas de Cooke se filtraron en los cimientos mismos de la agrupación Montoneros.¹³ Para él el peronismo era, dada su composición social y tradición, revolucionario por esencia. La burocracia peronista era concebida por Cooke como una “capa dirigente que opera con los mismos valores del enemigo”.¹⁴ Este particular análisis de la historia del movimiento iba acompañado por una exaltación de ciertos valores como el coraje y la recuperación de una identidad nacional. Cooke introdujo en el peronismo la mezcla entre socialismo y nacionalismo que la revolución cubana había habilitado.

Dentro de la literatura tradicional suele llamarse la atención acerca de la importante presencia del cristianismo en las bases ideológicas de Montoneros. Podemos destacar, en lo que se refiere a la formación de sus fundadores, la significativa presencia de dos figuras: Juan García Elorrio, un seminarista relacionado con John William Cooke; y Carlos Mugica, un sacerdote vinculado al movimiento tercermundista. El primero de ellos, defensor de una teología radical inspirada en el punto de vista de Camilo Torres; el segundo, volcado más hacia un pacifismo revolucionario. Como señala Firmenich,¹⁵ el Mugica que había sostenido que “la única solución estaba en las metralletas” terminó volcándose, más tarde, hacia una concepción de la política en la que la violencia era vista moralmente como algo ilícito. Más allá de esto, las diferencias políticas entre los jóvenes y el sacerdote no impidieron que este último les otorgara un importante apoyo público en los momentos más difíciles de la agrupación. Podemos afirmar, además, que las reuniones periódicas que varios de los futuros montoneros mantuvieron con Mugica en su juventud, fueron una importante escuela para los mismos. Durante estas reuniones el sacerdote les transmitía su visión del cristianismo que, sin dudas, terminaría influyendo en la formación política de los futuros montoneros.¹⁶ Si bien luego se distanciarían de él por las diferencias anteriormente mencionadas, resulta

¹³ Podemos encontrar múltiples referencias a Cooke en los órganos de prensa de Montoneros. Un ejemplo es el artículo “Cooke: historia de un militante” en *Evita Montonera* N° 6, agosto 1975, p. 16.

¹⁴ Cooke, “Definiciones” en *Cristianismo y Revolución* N° 2-3, octubre-noviembre 1966, p. 14.

¹⁵ *El Peronista*, N° 5, 1974, p. 14-15.

¹⁶ Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 83.

significativo señalar la importancia de sus encuentros en la formación de los jóvenes Abal Medina, Ramus y Firmenich.¹⁷

Sarlo concibe a la teología de la liberación como una “...cultura [que] traducía el mensaje evangélico en términos mundanos y las cosas de este mundo en términos de teología religiosa”.¹⁸ Teniendo en cuenta los fines de la presente investigación, haremos hincapié sólo en la segunda parte de la formulación: en la teologización de lo mundano. Más allá del proceso histórico de renovación teológica consideramos que subyace en el pensamiento tercermundista una concepción religiosa de la política. Al entenderse la política y la sociedad en términos cristianos, se produce una lectura de la realidad que posee significativas implicancias en las prácticas políticas.

“En el mismo corazón de la historia está la cruz de Cristo, señal de contradicción y de salvación. A través de todas estas pruebas Dios purifica y salva, revela el misterio de la iniquidad, del pecado institucionalizado, conduce suave y energéticamente al fin trascendente de la historia. Sólo el que tiene fe y vive a fondo estas situaciones de conflicto, percibe en ellas algo que revela el plan de Dios.”¹⁹

La política tiene, según esta concepción, un fin trascendente en el final de los tiempos que, a su vez, motoriza las realizaciones humanas. El hecho de que Dios se haya dignado a existir como hombre -según se puede leer más adelante en este mismo artículo- revela la posibilidad que tiene el hombre de ser divinizado; es decir, de alcanzar aquel fin trascendente. Observamos en esta visión de la política la convivencia entre una voluntad divina que actúa a través de los hombres en la historia y un fuerte imperativo moral que incita a los mismos a realizar la revolución. La fe y la intensidad con la cual se asume la vida religiosa y política son presentadas como el camino que conduce a la revelación del plan divino. De esta manera, según la concepción política de la teología de la liberación, la pureza, la salvación y la revelación estarán dadas por un solo camino: el de la revolución.

III

¹⁷ Si bien, como señala Lanusse, Montoneros se conformó a partir de la confluencia de varias organizaciones de diferentes partes del país, estos primeros grupos vivieron todos de cerca la experiencia del catolicismo renovador. Por este motivo, la experiencia del denominado Grupo Fundador resulta más que ilustrativa a la hora de caracterizar la influencia de dicho movimiento político-religioso en Montoneros.

¹⁸ Sarlo, Beatriz: *La pasión y la excepción*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2003, p. 169.

¹⁹ “Tercer mundo: Revolución y Cristianismo” en *Cristianismo y Revolución* N° 1, septiembre 1966, p. 9.

Podemos afirmar, teniendo en cuenta lo anteriormente mencionado, que en Montoneros se produce la confluencia de la radicalización política marcada por la revolución cubana, y de la teologización de la política heredada de la teología de la liberación. Cabe señalar, sin embargo, que la multiplicidad de orígenes de la organización va más allá del cristianismo y el socialismo. Como señala Gillespie, el primer acercamiento a la política de muchos de los jóvenes que luego tomarían las armas por el socialismo, se dio en una agrupación derechista de origen falangista llamada La Tacuara. Fue en esta organización donde algunos de los futuros montoneros se encontrarían con una primera actividad política en la cual experimentarían una suerte de romanticismo nacionalista. Con respecto a la conformación del *ethos militante* de Montoneros, cabe señalar la afirmación de Gillespie en la cual sostiene que La Tacuara “daba mucha importancia a valores como valentía, sacrificio, violencia y lucha, y sus miembros mostraban una gran afición a la acción directa, a los uniformes y a las ceremonias en gran forma.”²⁰

Podemos encontrar en el período de la Resistencia Peronista otro germen de las prácticas de acción directa. Esta etapa de la historia del movimiento estuvo plagada de prácticas inorgánicas donde lo que prevaleció fue la espontaneidad y la valentía. Si bien los líderes de Montoneros eran demasiado jóvenes como para haber vivenciado esas experiencias, éstos se nutrieron de las mismas a partir de los distintos relatos contruidos y publicados en los múltiples órganos de prensa que circulaban por aquel entonces.²¹

Walter Benjamin analiza la relación existente entre la imagen de las generaciones pasadas oprimidas y la potencia que éstas activan en el presente. En este sentido, el autor señala que no es el ideal de un futuro mejor lo que moviliza el accionar de un grupo político, sino más bien la imagen de los antepasados oprimidos.

“[La socialdemocracia] se complació en asignarle a la clase trabajadora el papel de redentora de las generaciones *futuras*. Y así le cercenó el nervio de su mejor fuerza. La clase desaprendió en esta escuela tanto el odio como la voluntad de

²⁰ Gillespie: cit., p. 75.

²¹ En las publicaciones de Montoneros también se pueden encontrar distintos artículos que hacen referencia a la resistencia peronista. Un ejemplo de estos es “Testimonio de la resistencia: Perón clandestino” en *Militancia Peronista*, N° 5, 12 de julio de 1973, pp. 44-45.

sacrificio. Pues ambos se nutren de la imagen de los antepasados esclavizados, y no del ideal de los nietos liberados”.²²

Nadie odia ni se sacrifica por un ideal. La imagen de las generaciones pasadas oprimidas permanece como fantasma, como “débil fuerza mesiánica”, en cada generación. El pasado reaparece, entonces, como posibilidad, como potencial transformador del presente. Benjamin entiende, de esta manera, a la conexión con el pasado como la apertura de un posible. La imagen del pasado se presenta como una potencia que puede actualizarse en el presente, y desde la cual los grupos políticos retoman la capacidad de producir cultura.

En este sentido, afirmamos que la configuración de Montoneros se constituyó a partir de la confluencia de distintos pasados irredentos. En la subjetividad de Montoneros deambulan como fantasmas los fusilamientos de León Suárez, el bombardeo de 1955, los diversos episodios de la resistencia peronista, las revoluciones latinoamericanas, la pobreza y la opresión constante en los barrios, el secuestro del cadáver de Eva Duarte, los compañeros asesinados y encarcelados, la masacre de Ezeiza, el asesinato de Pampillón, entre otros hechos.

Las imágenes del pasado actualizadas en Montoneros no se materializaron en lágrimas y lamentos, sino en odio y voluntad de sacrificio.²³

IV

Dentro de esta particular subjetividad en la que confluyen diversas tradiciones, nos preguntamos ahora por el lugar ocupado por la noción de muerte. ¿Hay una noción singular de muerte surgida a partir de la articulación de las distintas herencias?²⁴

²² Benjamin, Walter: *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, trad. de Pablo Oyarzún Robles, Santiago, Universidad Arcis y LOM Ediciones, 1996, p. 59.

²³ “...consideramos que había que pelear, porque ya era hora que dejáramos de llorar nuestros caídos; era hora de que cayeran los de enfrente: era hora de que llorara el enemigo”, en “El llanto del enemigo”, *Cristianismo y Revolución*, N° 28, abril 1971, pp. 70-73.

²⁴ Cabe señalar que, tanto en la muerte como en todos los elementos posibles del análisis del proceso de subjetivación en Montoneros, no hay una continuidad en el desenvolvimiento de la configuración. Como en toda historia, prevalecen los cambios, las rupturas y las discontinuidades. En este sentido, podemos notar diferencias en diversos períodos como en el momento de formación de la agrupación, en el de “Luche y Vuelve” y durante la campaña electoral de 1973. De todos modos, notamos una tendencia creciente en lo que respecta a la centralidad de la muerte a partir del aumento de la militarización y radicalización del conflicto. De

Como mencionamos anteriormente, fue de vital importancia la aparición de García Elorrio en lo que respecta a la formación político-ideológica de los miembros de la agrupación Montoneros. El ex seminarista, en su función de director de la revista *Cristianismo y Revolución*, publicó las nuevas interpretaciones políticas surgidas de las distintas lecturas que se produjeron a partir de la aparición del Concilio Vaticano II. Gillespie señala, con respecto a *Cristianismo y Revolución*, que “[la] glorificación de los militantes que habían sacrificado heroicamente su vida por los oprimidos, en forma de homenajes publicados en la revista de García Elorrio, ayudaba a preparar a los jóvenes radicales para una lucha político-militar que, con toda probabilidad, podía exigir la vida.”²⁵ Encontramos, en este sentido, una influencia concreta de la noción *vida-muerte* presente en la configuración subjetiva de Montoneros. Este tipo de exaltaciones de la muerte heroica y del sacrificio luego se repetirían en varias oportunidades en los órganos de prensa de esta organización.

Advertimos, a la vez, una correlación entre el ideal de pureza tomado de la tradición cristiana y la noción de lealtad tan presente en las revistas de Montoneros. El pecado aparece, así como la traición, como aquello que “desde que (...) se instaló en la historia, [la] marcha hacia el desarrollo se hizo sinuosa y agitada, llena de ambigüedades”²⁶. El pecado y la traición se contraponen con la pureza y la lealtad que la ortodoxia doctrinal, en su marcha hacia una sociedad mejor, impone. Gillespie señala, a su vez, la existencia de una culpa existente en varios de los militantes por su procedencia “no popular”.²⁷ La lealtad en la vida y en la muerte y la pureza doctrinal se conjugarían, según este autor, con la intención de expiación de un pasado oscuro.

“Aparte de asegurarse a los futuros caídos que disfrutarían de una perfecta paz celestial”, afirma Gillespie, “se les prometía la vida después de la muerte entre las personas que habían luchado”²⁸. El dar la vida por los demás, en tanto forma de expiación, se articulaba, de esta manera, con los ideales revolucionarios heredados de la revolución cubana. Notamos en esta cita, también, la aparición de un componente afectivo, de una idea de

esta manera, podríamos afirmar que con el paso de los años la fuerza de la norma, la jerarquización y lo que anteriormente denominamos voluntad de nada crece; mientras que la creación, la voluntad afirmativa y la participación activa de las bases decrece. Consideramos que el aumento de la presencia de la noción de muerte en las publicaciones de Montoneros que se produjo con el transcurso de los años se relaciona fuertemente con esto.

²⁵ Gillespie: cit., p. 85.

²⁶ “Tercer mundo: Revolución y Cristianismo” en *Cristianismo y Revolución* N° 1, septiembre 1966, p. 9.

²⁷ Gillespie afirma en relación a los militantes de Montoneros que “...su buena disposición a aceptar los mitos del movimiento, no eran solamente una cuestión de romanticismo juvenil, sino la necesidad de muchas personas de antecedentes liberales o reaccionarios de probarse a sí mismas como peronistas. Fue su manera de expiar el pasado, su modo de mostrar sus credenciales de un movimiento que siempre hacía hincapié en la lealtad al líder y en la ortodoxia doctrinal como virtudes.” Gillespie: cit., p. 99

²⁸ Gillespie: cit., p. 85.

comunidad incluso bajo la asunción de la muerte. Sarlo sostiene, en este sentido, que “la muerte de cada uno es la de todos, pero es también la vida de todos; la muerte no puede romper la cadena que une al cuerpo montonero”.²⁹

Podríamos enlazar estos análisis con lo que al comienzo del trabajo desarrollamos en torno a la noción de *voluntad de nada*. Este concepto nos permite entender a la llamativa familiaridad de los militantes con la idea de muerte como producto del deseo de la nada que se produce a partir de la dominación de las fuerzas reactivas por sobre las activas. Esto habilita, a su vez, a la existencia de una conexión directa entre la nada y la muerte. Notamos en el *ethos militante* de Montoneros la existencia de un conjunto de elementos con un fuerte peso normativo. La *voluntad de nada* opera a partir de la significativa neutralización de las intensidades vitales productivas y creadoras de los individuos. Esto se produce a partir del predominio de un discurso moral que neutraliza la posibilidad de innovación, limitando a los militantes a reaccionar frente a él.

A partir del anterior análisis podemos afirmar que la fuerte presencia de la muerte en tanto vida en el más allá, en tanto futuro mejor, otorgó a los miembros de Montoneros el coraje y la voluntad de sacrificio que el riesgo de las acciones revolucionarias exigía.

V

Siguiendo a Sarlo, sostendremos que la configuración subjetiva de Montoneros estuvo atravesada por un conjunto de elementos propios del jacobinismo. En este sentido, detectamos cómo los distintos componentes de la subjetividad de Montoneros se articularon en torno a una particular noción de *vida-muerte* presente en el *ethos militante* de la organización. En los apartados anteriores hablamos principalmente de coraje, voluntad de sacrificio, violencia, ideal de pureza y lealtad. Creemos que todos estos conceptos podrían reducirse a dos nociones centrales de la configuración subjetiva del jacobinismo: el heroísmo y la polaridad lealtad-traición. Cabe mencionar que estos conceptos -sobre todo el primero- se articulan en la lógica jacobina a partir de la noción de virtud, otro concepto central del *ethos militante* que mencionamos más arriba. Si bien estas nociones centrales no son exclusivas de la agrupación

²⁹ Sarlo: cit., p. 184.

Montoneros, consideramos de vital importancia la singular manera en la cual dicha agrupación capitalizó subjetivamente estos elementos.

Bodei define a la virtud como aquello que, a partir de una noción de *bien* e independientemente del interés de la mayoría, motoriza la acción política de los jacobinos. Este autor sostiene que el concepto de virtud resulta útil para “reconocer el bien, para distinguir a los amigos de los enemigos, para elevar un templo a la libertad o para utilizar el terror en función del rescate de un pueblo”.³⁰ El grupo político que se considera vanguardia se mueve con la convicción de que todos los obstáculos que pudieran presentarse podrán ser derribados. La virtud es, en este sentido, el argumento que vehiculiza la lógica misma de las vanguardias. Así como el Raskólnikov de Dostoievski sostiene que los hombres extraordinarios tienen derecho a “autorizar a su conciencia a saltar por encima de ciertos obstáculos”³¹, el accionar político de los jacobinos se fundamenta en una concepción de sí mismos como vanguardia virtuosa para eliminar cualquier tipo de impedimento posible que pudiera alejarlos de lo que ellos consideran como *el bien*.

De esta manera, heroísmo, traición y virtud se articularon en el *ethos militante* de Montoneros de una manera análoga al funcionamiento de la lógica jacobina. Afirmamos, a su vez, que esta conjugación de elementos no es ajena a la noción de *vida-muerte* presente, también, en dicha configuración subjetiva. Notamos, por lo tanto, una constante presencia de la muerte en ambas concepciones, que se manifiesta, no sólo como posibilidad existente a partir de una ética revolucionaria, sino también como una forma de interpelación de afectos y pasiones.

Bodei enlaza, en este sentido, la noción de virtud con la de goce. Este autor sostiene que la virtud establece un conjunto de pautas a seguir que proporcionan la posibilidad de un gozo proveniente de su cumplimiento³². Podemos entender, de esta manera, cómo los elementos del *ethos militante* de Montoneros se articularon en relación con las pasiones y afectos existentes en la configuración subjetiva de la agrupación. No se puede explicar el cumplimiento de una serie de normas y reglas si no se comprende el goce que su cumplimiento produce.

Ahora bien, ¿puede este goce conjugarse con la *voluntad de nada* de la que hablamos anteriormente? ¿Puede haber un goce en el cumplimiento de una normatividad que aleja a las

³⁰ Bodei, Remo: *Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza, felicidad: filosofía y su uso político*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 366.

³¹ Dostoievski, Fiódor Mijáilovich: *Crimen y Castigo*, España, Atlaya, 2005, p. 240.

³² “De la virtud surge un gozo que proviene del contentamiento de sí mismos cuando se actúa de tal modo que promueve la autoconservación aun permaneciendo en sintonía con los demás.”, Bodei: cit, p. 369.

fuerzas activas de lo que éstas pueden? Nuestra respuesta no sólo es afirmativa, sino que también consideramos a dicha unión como indispensable. La eficacia de la *voluntad de nada* se basa principalmente en la intensidad con la que se desea la realización de la normatividad y el goce que su cumplimiento genera. No reconocer el placer que produce la realización de una norma y el deseo que se genera en torno a su búsqueda, nos llevaría a pensar la actividad política desde una racionalidad, no sólo ilusoria, sino también tramposa. La normatividad y el deseo se encuentran enlazados, y a esto nos referíamos al comienzo del trabajo cuando señalábamos la imposibilidad de distinguir pensamiento, sentimiento y acción.

Las virtudes, según Sarlo, “coagulan alrededor de un núcleo oscuro y poderoso: el del sacrificio y la disposición a la muerte. Sólo es posible matar bien, matar con justicia, si la aceptación a caer en la lucha acompaña las acciones”.³³ De esta manera, la noción de heroísmo acompaña a la lógica de la virtud; y ambas, a su vez, se encuentran atravesadas por la constante posibilidad de la muerte. Ahora bien, esta muerte no es vista negativamente en el contexto de la acción política, sino como parte de la lógica misma de la lucha. La muerte heroica, o el seguimiento de una bandera, persona o ideal hasta el final forman parte de los cimientos de una subjetividad militante en la que el concepto *vida-muerte* ocupa un lugar central.

VI

En las distintas publicaciones de los órganos de prensa de Montoneros encontramos la constatación de lo anteriormente afirmado. Ya sea en forma de artículo o de testimonio, puede observarse en la prensa de dicha organización una notable exaltación de los valores del *ethos militante* arriba desarrollado. Notamos en múltiples revistas la constante admiración y empatía que se intenta producir a partir de los relatos de la historia de los militantes caídos.³⁴ Encontramos, en este sentido, una detallada construcción de la forma en la cual se debe morir. Desde estas máquinas de información y comunicación se produce un *deber ser* apuntado

³³ Sarlo: cit, p. 178.

³⁴ Consideramos necesario resaltar una vez más la existencia de grandes diferencias entre los diversos contextos históricos en los cuales se producen dichos discursos. Esta intención de generar admiración y empatía con respecto a los militantes caídos, no se por igual en todos los períodos (de hecho las próximas citas del texto se sitúan a partir del año 1975). Lo que notamos es que dicho elemento fue aumentando con el paso del tiempo. Esto probablemente se deba, como mencionamos en una nota al pie anterior, a la aumento de la presencia de la norma, lo que tuvo por consecuencia una disminución del componente activo de las bases y la aparición de aquello que Deleuze, en su análisis de Nietzsche, denomina voluntad de nada.

hacia la muerte. Se advierte, también, una fuerte intención de generar empatía a partir de la cercanía con la cual se realizan las referencias a los muertos.³⁵ Estas narraciones se encuentran intercaladas, a su vez, con testimonios de compañeros que comentan la importancia del caído en términos afectivos y de militancia.³⁶ Por otro lado, se puede advertir en estos relatos la intención de presentarse con un alto grado de verosimilitud, lo cual se observa a partir de la fuerte presencia de nombres propios y situaciones cotidianas en los artículos, que no aportan más que una sensación de credibilidad a la historia concreta del caído.

En estos artículos se produce, siempre con una fuerte carga afectiva, la exaltación de valores como la lealtad y la obediencia. Otro valor que se suele recalcar es el hecho de no haber delatado jamás a los compañeros; el hecho de haber sido leal hasta la muerte.³⁷ Las vidas de los militantes muertos aparecen en los órganos de prensa de Montoneros como ejemplos de lealtad, sacrificio, obediencia y coraje.

Surge, en este sentido, una visión del *buen morir* que se articula con los distintos elementos del *ethos militante*. La muerte heroica y pura se encuentra acompañada por una vida en el más allá, posibilitada por la inserción total en la lucha por ese ideal trascendente. El bien vivir y el bien morir ya no se diferencian. Un montonero sabe cómo y por qué morir. El proceder leal, obediente y sacrificado, sólo será valorado una vez que el militante no pueda equivocarse, desobedecer o traicionar; es decir, en la muerte. Sólo entonces logrará el joven montonero ser aquello que todo buen militante busca ser: un héroe.³⁸

³⁵ Generalmente los testimonios son de familiares, de la compañera/o del muerto o de compañeros de militancia. En el caso del breve testimonio que citaremos a continuación se trata de la compañera del difunto. “Nos conocimos en Devoto, porque la planta de las celdas donde estábamos los presos políticos daba a un patio donde se hacían los recreos. Las chicas nos subíamos a las ventanas y al asomarnos veíamos a los compañeros. (...) Nos mandábamos cartitas por las cañerías de los inodoros, contándonos cosas de los compañeros.”, en “Gustavo Stenfer: Moustache. Su ejemplo sigue entre nosotros como bandera”, en *Evita Montonera*, N° 3, marzo 1975, p. 16

³⁶ “Cuando yo pensaba me decía que era una debilidad. Que pretender vivir solamente el presente creaba condiciones para que uno retaceara su entrega en función de no perder la vida. Decía que no tenemos derecho a retacear nada que es necesario dar la vida pero pensar al mismo tiempo que debemos seguir viviendo.”, en “Gustavo Stenfer: Moustache. Su ejemplo sigue entre nosotros como bandera”, en *Evita Montonera*, N° 3, marzo 1975, p. 16

³⁷ “En ese momento en Córdoba todavía no picaneaban, porque no tenían picanas. Los molían a patadas, y les metían los cables directamente. Y por supuesto no dijo nada. Esta vez también le dieron, y tampoco dijo nada.”, en “Dos jefes montoneros caídos: Marcos Osatinsky y Juan Belaustegui.”, *Evita Montonera*, N° 9, noviembre 1975, pp. 22 y 24.

³⁸ “Seguro que pensó en nosotros antes de morir. Porque el reflejo que lo llevó a buscar su propia muerte, era la convicción del triunfo final: no entregarse vivo. Y el sintió ese triunfo cercano, y muy suyo, cuando cayó herido de muerte sobre el piso. Este es Manuel, el compañero, el jefe Montonero. Esta es la forma heroica que eligió para seguir viviendo.”, en “Un jefe montonero no se entrega”, *Evita Montonera*, N° 12, febrero-marzo 1976, p. 25.

Las tumbas

I

La figura del héroe, tan presente en los escritos de Montoneros, pareciera ser indisoluble de la del mártir. Podríamos identificar, en este sentido, a un tipo particular de subjetividad que postula a la buena muerte, a la muerte por un ideal, como uno de los valores más altos. Las razones para morir son, para este pensamiento, siempre más importantes que las razones para vivir. Y así, a partir del sacrificio por ideales, se analizaron diversos sucesos políticos del siglo XX. En contraposición a estas lecturas, Alain Badiou sostiene que los principales actores políticos de este siglo no se vieron movilizados por grandes ideologías, sino que sus prácticas se explican, principalmente, por la aparición de un conjunto de elementos subjetivos a partir de los cuales se visualizó como posible la transformación de la realidad. El autor conceptualiza esta particular configuración del siglo XX como “pasión de lo real”.

A su vez, Badiou sostiene que la realidad, en tanto construcción subjetiva, entra constantemente en crisis por la imposibilidad de su constatación. Por este motivo, el autor señala que la pasión de lo real “es necesariamente la sospecha. Nada puede atestiguar que lo real es real, salvo el sistema de ficción en el cual representará el papel de real”.³⁹ Los distintos elementos analizados propios del *ethos militante* de Montoneros (lealtad, heroísmo, traición, sacrificio, etc.) se constituyeron como reales a partir del sistema que la propia organización construyó desde sus diversas herramientas -entre ellas, la prensa- y desde los diferentes relatos heredados. De esta manera, las categorías puras constitutivas del sistema de valores de Montoneros se encontraron, en la práctica, bajo sospecha. Lo real se inserta siempre con impureza dentro de un sistema de categorías.

En este sentido, el siglo XX, según Badiou, no pudo terminar de romper con el romanticismo del Ideal. Detrás de este romanticismo heredado, sostiene el autor, se esconde el esquema cristiano de encarnación; el infinito Ideal que se encarna en el cuerpo. Más allá de la fuerte intención de abolir este tipo de manifestaciones tanto en el campo del arte como en el de la filosofía y la política, hubo durante este período un concepto que sobrevivió a los cambios y que resulta fundamental a la hora de entender las acciones políticas del siglo: la

³⁹ Badiou, Alain: *El siglo*, Buenos Aires, Manantial, 2005, p. 75.

depuración. El sistema de valores, sostiene este autor, busca constantemente la pureza y esto, a su vez, entra todo el tiempo en contradicción con la inevitable contaminación a la que se ve sometida la práctica. Como dijimos antes, los corazones son oscuros y confusos. Nada en ellos responde a una lógica única y pura. Es por este motivo que lo real se encuentra constantemente bajo sospecha. Badiou sostiene, en este sentido, que:

“Sólo la nada no es sospechosa, porque no pretende ningún real. La lógica de la depuración (...) es provocar el advenimiento de la nada. La muerte es, en definitiva, el único nombre posible de la libertad pura, y lo único de lo cual no se puede verdaderamente sospechar es del “bien morir”.”⁴⁰

Podríamos afirmar, entonces, que la depuración marca la lógica misma del accionar jacobino. La pasión de lo real, es decir, aquello que lleva a los grupos políticos a intentar transformar la realidad aquí y ahora, se articula con una lógica trascendente de pureza, con un sistema integral de categorías que, independientemente de la situación, intenta imponerse en el accionar político. Esta fuerte presencia del Ideal se manifiesta como una búsqueda de depuración mediante la destrucción de lo real en su sentido mundano; es decir, se manifiesta como el *buen morir*.⁴¹

II

Notamos en Montoneros la presencia de esta misma convivencia que, según Badiou, caracteriza a la subjetividad del siglo XX. Por un lado, una fuerza de transformación de lo real en su sentido inmediato y concreto, interpelando la realidad de manera inmanente;⁴² por el

⁴⁰ Badiou: cit, p. 77.

⁴¹ Podemos detectar aquí la presencia de una herencia nietzscheniana operando en el pensamiento de Alain Badiou. La prevalencia de la Idea por sobre el cuerpo tiene por consecuencia, a partir de la búsqueda de depuración, el advenir de la nada. De esta manera, la Idea (que también podríamos llamar moral o norma) se impone en los cuerpos separándolos de lo que éstos pueden. Nietzsche termina nombrando el resultado de dicho proceso de una manera similar, ya que conceptualiza dicha reactivación de las fuerzas activas como *voluntad de nada*. La llamativa conclusión a la que tanto Nietzsche como Badiou llegan, es que la eficiencia de dicha operación se basa en el hecho de que la nada termina siendo deseada. Esta pseudo-libertad ilusoria a la que ambos autores se refieren termina teniendo por consecuencia la aparición subjetiva de un *buen morir*. Es decir que sólo la fuerza reactiva puede desear la muerte y la nada.

⁴² “La decisión por valorar y de algún modo asumir el peronismo nace de la voluntad de acabar con tantos “preámbulos” y dilaciones de nuestro compromiso político. Se trata de discernir “hoy y para hoy” el camino por el que pasa —no en términos ideales sino en términos reales— el proceso y el futuro revolucionario,

otro, los ideales trascendentes anteriormente señalados que se imponen y chocan constantemente con la impureza y las contradicciones de las prácticas políticas cotidianas. De esta manera, Montoneros presenta una llamativa articulación de elementos que, sin dudas, repercute en su concepción de la *vida-muerte*.

Gillespie⁴³ trae a colación un epitafio dedicado a Capuano Martínez⁴⁴ publicado en 1974, dos años después de su asesinato, en el cual se pueden observar algunos de los elementos anteriormente descriptos.

“Sabía que si moría lo hacía en manos de los enemigos del pueblo, de los enemigos del peronismo. Que es la forma más linda de morir, esa que enorgullece a los compañeros, que nos aprieta el corazón pero nos pone contentos de saber que la entrega no es una mera declamación, sino es una forma de vida.”⁴⁵

En este pasaje puede advertirse, como en tantos otros de la prensa de Montoneros, una fuerte presencia de conceptos políticos enlazados con la noción de *buen morir* anteriormente desarrollada. El pasaje sostiene que la entrega y la muerte son parte de una forma de vida. Ahora bien, ésta no se sostiene por una lógica racional ni por grandes ideales, sino que lo que el texto parecería sugerir es que el afecto en términos individuales (“*que nos aprieta el corazón pero nos pone contentos*”) y colectivos (“*la forma más linda de morir, esa que enorgullece a los compañeros*”) es lo que da sentido a esta entrega vital, a ese *buen morir*. Es en este punto donde vuelve a cobrar relevancia el lugar ocupado por las máquinas de información y comunicación. Consideramos que el extracto del epitafio puede ser leído en un doble sentido. Por un lado, puede ser entendido como expresión de un afecto, de una pasión que el autor del epitafio intenta, genuinamente, transmitir a los lectores; por el otro, puede entenderse como una forma intencional de producción de subjetividad que busca interpelar emociones y sensibilidades. Cualquiera de las dos posibles lecturas nos habla de una producción de subjetividad en la cual la muerte, los afectos y la política se articulan como elementos de un mismo ensamblaje.

interrogando y valorando al máximo a las masas trabajadoras, sus certidumbres, sus fidelidades.”, en “Nuestra opción por el peronismo”, *Cristianismo y Revolución*, N° 30, septiembre 1971, p. 27.

⁴³ Gillespie: cit, p. 151.

⁴⁴ Capuano Martínez falleció el 16 de agosto de 1972, un día después de la fuga de Rawson. Su muerte se produjo a partir de la aparición de la policía en un encuentro con otros compañeros a donde dicho militante había llevado un documento interno que hablaban sobre los sucesos de Rawson. La llegada de la policía desencadenó un enfrentamiento que tuvo por consecuencia la muerte de Capuano Martínez, quien había sabido formar parte del núcleo íntimo de Montoneros

⁴⁵ “Carlos Capuano Martínez, por compañero, por peronista, por montonero, ya sos entraña de tu pueblo”, *La Causa Peronista*, N° 7, 20 de agosto 1974, p. 23.

Este conjunto de elementos presentes en lo que denominamos el *buen morir* se encuentra, a su vez, inscripto en un marco político coyuntural donde lo que prevalece es el cuadro de odios e identificaciones establecido por el peronismo. Son “los enemigos del peronismo” los que encarnan ese lugar antagónico, donde el matar y el morir se justifica. En este sentido, la compleja construcción subjetiva retoma la siempre presente mitología peronista. De esta manera, el epitafio continúa trayendo a colación la figura de Eva Duarte:

“Como lo quería Evita, la dueña de nuestra ternura revolucionaria.”

Al complejo entramado donde distintos componentes afectivos se enlazan con un cuadro de amigos/enemigos propio del peronismo, se agregan ahora elementos de la mitología peronista: sus mártires y líderes. Vemos cómo en la figura de Eva Duarte se enlazan elementos jerárquicos (“dueña”), afectivos (“de nuestra ternura”) y políticos (“revolucionaria”).

El texto continúa, algunas líneas más adelante, haciendo hincapié en determinados valores del mártir que anteriormente identificamos con el *ethos militante* de Montoneros:

“Por peronista y por compañero. Porque a diario construiste algo que cuesta entrega y sacrificio. (...) Yendo en forma directa a la solución de los problemas. (...) Expresar en conciencia que ya no se puede retroceder. Que hay un camino inevitable con una sola mano. La de darle para adelante. Que el pararse o reflexionar es una genuflexión, una agachada fulera. Una traición. Y eso sí que no se perdona.”

Observamos en este sentido cómo la figura del mártir no es ajena al *ethos militante* de la agrupación, sino que, la figura del *buen morir*, que el mártir materializa, se construye a partir de este conjunto de elementos subjetivos. En este corto pasaje, encontramos varias referencias realizadas al muerto en las que se rescatan valores como el sacrificio, la obediencia, el coraje y la lealtad. Advertimos, por lo tanto, cómo la figura del mártir es producida por los órganos de prensa de Montoneros penetrando en la subjetividad de los militantes, sus emociones y creencias.

III

Acabamos de mencionar la estrecha relación existente entre la figura del mártir y el *ethos militante* de la agrupación Montoneros. La primera se construye a partir del conjunto de reglas y valores pertenecientes al segundo; mientras que el *ethos militante* refuerza sus elementos a partir de relatos presentes en los órganos de prensa de la agrupación sobre militantes montoneros asesinados. De esta manera, el *buen morir*, en tanto imperativo moral y construcción afectiva, encuentra su figura ejemplar en el mártir.

Gillespie afirma que este modelo de conducta presente en las publicaciones de Montoneros significó también la aceptación de una forma de vida en la que la esfera privada y las relaciones por fuera de la organización no debían existir.⁴⁶ Puede observarse este hecho con claridad en el Juicio Revolucionario efectuado contra Roberto Quieto. En la publicación de dicha sentencia se hace hincapié, no sólo en los distintos valores del *ethos militante* anteriormente mencionado, sino también en el hecho de que el militante no pudo evitar tener contacto con sus familiares. La supuesta delación de la cual se lo acusa es vista, más allá de la tortura, como “una manifestación de grave egoísmo y desprecio por el interés del pueblo”.⁴⁷ A su vez se hace hincapié en asuntos pertenecientes a su vida privada, refiriéndose a las “malas resoluciones de problemas de su vida familiar” como conductas liberales e individualistas que lo llevaron a caer detenido.

El artículo donde se detallan las causas y los hechos a partir de los cuales Quieto –ya desaparecido- fue juzgado por el tribunal revolucionario está acompañado por una ilustración con los rostros de Olmedo y Sabino Navarro y un epígrafe, debajo de la ilustración, en el cual se puede leer: “Carlos Olmedo y José Sabino Navarro cayeron combatiendo: dos verdaderos jefes Montoneros”. A lo largo de esta revista puede observarse una significativa cantidad de alusiones y referencias al *buen morir* a partir de otros casos de militantes caídos, lo cual muestra la intención de contrastar estas muertes con la de Roberto Quieto. Teniendo en cuenta la desaparición del juzgado y el contenido de la sentencia del Juicio Revolucionario, podemos afirmar con seguridad que la intención del escrito no se dirige al militante, sino más bien a los lectores. La sentencia del juicio se presenta, entonces, como un claro ejemplo de lo que sucede cuando un militante se aleja del *buen morir*; las consecuencias de la traición.

⁴⁶ “Pero incluso los admiradores de los Montoneros debían de sentirse a veces desconcertados ante la forma de vida sobrehumana exigida a los combatientes. Convertirse en un guerrillero profesional suponía (...) no sólo romper con la familia y los amigos (...) sino también comportarse conforme al fantástico mundo heroico que las publicaciones y comunicados guerrilleros procuraban ofrecer continuamente.”, Gillespie: cit, p. 265

⁴⁷ “Juicio Revolucionario a Roberto Quieto.”, *Evita Montonera*, N° 12, febrero-marzo 1976, pp. 13-14.

Resulta significativo, también, llamar la atención acerca de este mecanismo a partir del cual Montoneros otorga una visión acerca de la *vida-muerte*. Podemos observar en múltiples revistas la notable presencia del Juicio Revolucionario como herramienta de producción de subjetividad. Michel Foucault describe en una discusión con militantes maoístas algunas características propias del tribunal revolucionario como herramienta política.⁴⁸ Este autor observa una pretensión de neutralidad en la lógica misma de dicho tribunal. Un juicio revolucionario, sostiene, parte de la premisa de un juez (o una idea de justicia) que se posiciona por fuera de la situación e impone un conjunto de ideas sobre lo justo y lo verdadero.

Los Juicios Revolucionarios presentes en los órganos de prensa de Montoneros parten, en este sentido, de una noción de bien y verdad, a partir de la cual se distinguen dos roles: el de los jueces, encargados de hacer cumplir esas nociones; y el de los acusados, posibles culpables. Foucault se pregunta en la conversación anteriormente mencionada: “¿Acaso no vemos reaparecer aquí el embrión, aunque sea frágil, de un aparato de Estado (...)?”⁴⁹

Este frágil embrión al que hace referencia este autor podría explicar la importancia de los Juicios Revolucionarios como productores de subjetividad. Teniendo en cuenta el significativo lugar ocupado por la obediencia, la lealtad y la pureza en el proceso de subjetivación de Montoneros podemos entender la manera en la cual esta práctica se articula con el *ethos militante* de dicha organización. El Juicio Revolucionario supone una autoridad que ejerce el juicio, un conjunto de normas que seguir en pos de la causa y un ideal de conducta a priori a partir del cual se juzga al acusado. Notamos, de esta manera, cómo la presencia del Ideal se impone una vez más sobre los cuerpos.

IV

Ya sea desde Juicios Revolucionarios o desde relatos sobre militantes caídos, la figura del mártir ocupa un lugar central en la producción de subjetividad que se realiza a partir de los órganos de prensa de Montoneros. Esta construcción se produce, a la vez, desde de un

⁴⁸ Foucault, Michel: “Conversación con los Maos” en *Michel Foucault. Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*” Buenos Aires, Alianza Editorial, 2008.

⁴⁹ Foucault, Michel: cit, p. 37.

imperativo de conducta conceptualizado como *buen morir*, que se constituye a partir de la conjunción de los distintos elementos del *ethos militante* de la agrupación.

Existe, en este sentido, una visión de la *vida-muerte* que se corresponde con la construcción de las figuras del héroe y de la del *buen morir* en la literatura montonera. Los militantes asesinados fueron presentados por las revistas como “hijos del pueblo” caídos por la causa justa. Puede advertirse, en este sentido, un nuevo elemento cristiano presente en esta sacralización de la muerte a partir de la figura del mártir.⁵⁰ La encarnación de Dios en el cuerpo torturado de Jesucristo da lugar a una forma de subjetividad en la cual, como dijimos antes, el cuerpo se encuentra subordinado a la Idea. Badiou sostiene, en este sentido, que “en el siglo hay un prolongado martirologio”,⁵¹ que se manifiesta en dicha relación de subordinación.

Los humanismos se vanaglorian de lo mucho que soportan para salvaguardar la Idea. Es, en definitiva, en este punto donde cobra relevancia la particular visión *vida-muerte* que condiciona y articula los distintos elementos de la configuración subjetiva de Montoneros. Como describimos al comienzo del trabajo, esta agrupación funcionó como una singular máquina en la que confluyeron las grandes ideas políticas del siglo XX argentino. Los militantes de Montoneros participaron activamente de la misma sabiendo que con ello entregaban el destino de su vida y de su muerte. Los componentes ideológicos y discursivos no terminan de explicar este proceder. Las cargas emocionales presentes como fuerzas activas en la subjetividad de Montoneros parecieran ser lo único que, en definitiva, permite entender esta entrega vital. La individualidad se funde, entonces, en el destino de un *nosotros* donde no existe negociación; el cuerpo se vuelve insignificante frente a la omnipotente grandeza de la causa. La muerte seguirá presente –no sólo como destino innegociable- sino como la búsqueda constante de una inmortalidad a la que sólo tienen acceso los héroes.

⁵⁰ La referencia al elemento cristiano no tiene necesariamente que ver con el origen de Montoneros sino, más bien, con la imposibilidad del siglo de romper con distintos elementos de esta religión que siguen presentes hoy en día. Estos elementos van más allá de una creencia religiosa, y se relacionan principalmente con una noción *de vida-muerte* presente en dicha organización.

⁵¹ Badiou: cit, p.151.